



## Y retractándose estuvo

que, si, podría ser de las Recuerdo si entre las  
 zapateras registradas no las hubiera con  
 más marines o conteras, sin calculadora ni  
 confundirse, en la columna de la derecha o del haber  
 con una madre lo bastante sencilla como para que con tal  
 de no oírse se les adjudicara sin oposición ni con curso o año  
 natural no lectivo debidamente exigido que hubiera de ser  
 condecorado por cuestiones de pura lógica al margen  
 superior derecho pero sí con sangría de la fecha de caducidad  
 o, cuando menos, pendiente aunque sin empignos ni  
 insularse pero, y en eso la señora se mostró inflexible,  
 tendría que ser sin chismosa y, porque eso ya que ni  
 pensaba y pensarse como gustasen colorear las madres o  
 las tías o las bigodadas abuelitas y — porque la señora  
 cuando se ponía seriosa se emborrillaba — abuelitas con  
 mirriñaque, mucho menos francesas porque (aun siendo  
 verdad que la transtenda de la zapatería era muy hermosa y  
 podíamos en última instancia y caso de que la temperatura  
 resultase excesiva en pleno agosto como estábamos abrir la  
 ventana, hoy, y esa había que tenerla presente, no era lo  
 comprobado si quería en las agredas<sup>1</sup> ni marces ni ningún  
 día del mes como ministro de dignas arrisque un resultado que  
 no fuera múltiple de tres si los sumábamos de cuatro si los  
 multiplicáramos) además de que iba a conservar un espacio  
 preciso del que no disponíamos al no poder contar con la  
 transtenda de la zapatería reconstruida en domicilio social de  
 la alta alcurnia representada por las damas que cantaban  
 como ángeles cuando no gritaban como demonios, de lo único  
 que podíamos echar mano para que la representase con  
 dignidad más que dudosa era la revista semanal que se  
 ofreció a aportar a título de cobro la chatarrera por lo del  
 asunto del chiquillo y el culo y el puñal y la gema de la que, a la  
 hora de la verdad, dijo que de eso nació o que, porque la  
 chatarrera se sabía poner muy fina si quería, se retractaba y  
 retractándose sacó hasta que cuando se le preguntó el  
 porqué dijo que porque le daba la gana y, como el derecho de  
 réplica en nuestra comunidad no estaba contemplado, se ve

toda la tarde-noche de aquel día y la parte  
 de la mañana del siguiente [porque paró,  
 como es natural, por la noche para dormir,  
 descansar y tomar fuerzas <entre  
 incertidumbres que entre sueños [o quizás



mejor “entre pesadillas” porque pasó la mujer una  
 noche malísima “que no le deseo – explicaría (con  
 la hora pegada a los talones en la cola del pescado)

– ni al peor de mis enemigos”<sup>1</sup> ] la estuvieron asaltando toda la noche  
 {con navajas y otros objetos punzantes (porque, si tenía que ser veraz,  
 armas de fuego juraría que no las hubo; y tenía que ser veraz)} por culpa  
 de, tan atareada con lo suyo, no haberse parado a reflexionar si sería el  
 que aplicó el orden natural y lógico de hacer las cosas o hubiera sido más  
 sensato tomar fuerzas primero – un par de empanadillas que habían  
 sobrado el día anterior, en la nevera (que era ella mujer de poco comer), y  
 un dedito de vino (tinto y en el estante del aparador, que el vino tinto, ella  
 lo sabía, mejor a temperatura ambiente) – para, una vez recomfortada,  
 disponer de la energía y presencia de ánimo suficientes para decidir, con  
 resolución y sin dejarse coaccionar con protestas, si el segundo lugar se lo  
 adjudicaba al dormir y el tercero al descansar o viceversa) y, apenas al  
 alba, para darse una ducha y asearse y seguir con la faena que cerca ya del  
 mediodía hubo de interrumpir de nuevo para acudir a – contrariada –  
 abrir la puerta a la vecina que le vino preguntando por el desatascador.

- ¿El desatascador?

- Sí, porque es que, hija, no sé por qué será, pero el lavabo no me traga lo  
 que se dice nada; y como tú en alguna ocasión...

- Ya, pero de eso hace mucho; y ahora mismo ni sé ni me importa dónde  
 pueda estar.

<sup>1</sup> Que debía de ser, o eso entendieron por lo menos las otras mujeres de la cola (pues no consta que  
 mujeres que no estuviesen en la cola entendieran algo o fueran tan amigas de la chatarrera como para  
 darse por aludidas y, en consecuencia, mosquearse) un señor bajito y con boina que había entrado  
 en el establecimiento al mismo tiempo y cruzado, con ella y por causa de a cuál tocaba primero coger el  
 papelito con el número, unas palabras un tanto ácidas.

Y retractándose estuvo

- Anda, mujer – la otra –, piensa un poquito y no seas rencorosa; que la mancha de mora, siempre se ha dicho, con otra verde se quita.

- Ni un poquito ni – algo seca – un muchito porque, y perdóname que te sea tan franca, además de que ya te he dicho que el desatascador me importa un cuerno te diré que... y sé que va a parecerme muy raro, pero así son las cosas, justo en este momento estoy retractándome.

Y, sin más contemplaciones ni mediar más diálogo, dijo un hasta luego y cerró, sin portazo, para sentarse de nuevo en el sillón y seguir con lo que estaba que – maldita fuese la estampa de la vecina, y de todas las vecinas, y de todos los muy (...) desatascadores del barrio y del planeta – ahora no sabía por dónde iba con tanto interés como tenía en haberlo terminado **antes de la comida**] que transcurrió entre el momento en que el marido la despertó temprano cuando al levantarse la zarandó un poquito por el hombro diciendo que ya era tal hora — y preguntando si había dormido bien y ella contestó que sí — y el de, a eso de las once y media, hacer un alto en el camino para bajar con los compañeros del bufete a tomar un café.

